

La persona en la filosofía cristiana de Edith Stein

En su Prólogo a la edición alemana, de *Ser finito y ser eterno* la autora nos dice que es un “libro escrito por una principiante para principiantes”, cuyo objetivo es el encuentro de dos filosofías: la de Santo Tomás y la de E. Husserl.

La presente ponencia es un breve análisis de la imagen de Dios en el hombre, como persona, tratando de mostrar sus notas esenciales, en su obra *Ser finito ser eterno* que concluye en 1936. (En 1950 aparece en su edición alemana)

Tal encuentro mencionado, es también el intento de un encuentro entre la filosofía cristiana y la filosofía moderna, entre razón y fe. Son dos caminos que conducen a la verdad, como dice Santo Tomás, citado por la autora. (2013:31)

Tal filosofía cristiana tiene la tarea de *preparar el camino de la fe*; filosofía cristiana que es, un esfuerzo de unidad entre la razón natural y la revelación.

El método fenomenológico de Edmund Husserl y las conferencias de Max Scheler fueron un apoyo muy importante en ese largo camino de conversión, pero la influencia decisiva la ejercieron los testimonios de fe de sus amigos cristianos y los escritos de santa Teresa de Jesús. Así complementará el dato revelado aceptado por la fe con la razón.

El texto es un estudio que parte de considerar la esencia y el destino de la persona humana en la obra citada de Edith Stein. La naturaleza, el yo, la persona y la libertad (ser finito), y el espíritu, la gracia y la contemplación (ser eterno). La finalidad de la obra no es otra que el sentido y fundamento del ser en la relación con el ser Divino y que tiene por modelo a Cristo. (También la obra *La ciencia de la cruz* nos acerca a su noción de persona, recordando los escritos de San Juan de la Cruz y de Santa Teresa, al igual que *La estructura de la persona*, aunque en un sentido más pedagógico y educativo, que antropológico.

Las cuestiones que analiza E. Stein tienen como punto de partida la realidad del ser, del yo viviente, del hombre como cuerpo, alma y espíritu, hasta llegar a Dios el *ser en sí*, en esto se asemeja al gran santo de Hipona que busco a Dios a partir del ser interior.

La persona, el *yo consciente y libre*, creadas y finitas. Y como en Boecio y Santo Tomás, el hecho de ser racional, que constituye su diferencia específica.

En toda su obra, de manera implícita o explícita, la fe y la razón son dos caminos que conducen al conocimiento de la verdad. Citando a Santo Tomás, nos dice sobre la

necesidad de recurrir a la razón natural, de ahí se sigue la posibilidad de una filosofía cristiana. Filosofía cristiana que se testifica en Ser finito y ser eterno.

Ahora bien, la fe enriquece a la filosofía; fe y teología *informan a la razón natural sobre el primer ente*. Filosofía que debe servirse de la teología, sin llegar a ser teología. La visión gloriosa de Dios, no es otro el camino de un espíritu creado.

Sin embargo, la mística envuelve toda la obra, más allá de toda teología y filosofía o, con ellas:

[...] Este sentimiento oscuro nos hace asir al inasible como inevitablemente cercano, aquel en el cual “vivimos, nos movemos y somos”, pero inasible. El pensamiento lógico formula conceptos claros, pero ni éstos ni aun aquellos pueden asir al inasible; más todavía, lo alejan de nosotros en el campo propio de los conceptos. El camino de la fe nos lleva más lejos que el del conocimiento filosófico; el camino de la fe nos conduce al Dios personal y cercano [...] Sin embargo, aun el camino de la fe es un camino oscuro. Dios mismo baja el tono de su lenguaje a la medida del hombre a fin de volver asible al inasible.

Así se nos muestra Edith Stein. Una “principiante”, filósofa, teóloga y, sobre todo, mística.

La antropología y el concepto de persona en Edith Stein

No hay antropología filosófica que no tome como punto de partida una pregunta que hace a la misma esencia de ella: la pregunta sobre el hombre, como bien dice Nicol: “Preguntamos qué es el hombre, -dice Nicol (1977: 11)- y nos llegan de la historia innumerables respuestas. El hombre expresa su ser, y lo transforma al expresarlo. En cada momento es capaz de ofrecer alguna peculiaridad que, siendo inesperada, es al mismo tiempo congruente con su ser. Ninguna definición o idea del hombre es completa, pero tampoco es completamente errónea: todas son de alguna manera definitivas, pues cada una realza un cierto rasgo distintivo”.

Han sido innumerables la idea del hombre que se han dado en la historia del pensamiento filosófico y científico y la filosofía cristiana como respuesta a dicha idea no ha sido la excepción.

Es cierto, que el *cristianismo* es una religión monoteísta revelada y no una filosofía, no cabe duda. Y que tiene como fundador a Jesús de Nazaret, cuya vida y doctrina se contiene en los cuatro Evangelios y demás libros del Nuevo Testamento. Sin embargo, no es menos cierto que, el hecho histórico del cristianismo como religión, no quita el hecho histórico de una filosofía cristiana¹, que comienza a formarse en los primeros siglos, que tiene su apogeo en la Edad Media y que continúa hasta nuestros días.

La concepción del hombre en perspectiva cristiana, tiene su punto de partida en la noción bíblica del hombre como *imagen de Dios*. Luego se desarrolla en la patrística, la alta Edad Media y la modernidad. (más allá del giro antropológico en la Edad Moderna)

Este trabajo es un breve análisis de la imagen del hombre como persona en Edith Stein².

¹ La expresión se empezó a cultivar cuando, tras la encíclica *Aeterni Patris*, del Papa León XIII, sobre la filosofía y el tomismo, con ella se designa el conjunto de corrientes católicas de filosofía que comprendía tanto la neoescolástica tomista, como la escuela escotista, la escuela suareziana y otras escuelas filosóficas no basadas propiamente en la filosofía medieval, sino más bien en la corriente agustiniana, como la centrada en torno al italiano Antonio Rosmini y, en Francia, la llamada “Philosophie de l'esprit”, con Louis Lavelle y René Le Senne como principales representantes. E. Gilson y J. Pieper, entre otros.

² Edith Stein nació en Breslau, ciudad que en aquel tiempo pertenecía a Alemania, y era la capital de la Silesia prusiana (hoy Wroclaw en Polonia).

La actividad filosófica y la vida de Edith Stein tiene un antes y un después de su conversión a la Iglesia en 1922. Su antes fue el encuentro con Edmund Husserl y su después la lectura de santo Tomás de Aquino.

Así, Edith Stein tuvo la misión de comparar el pensamiento de Tomás y Husserl en tres obras: la primera *¿Qué es la filosofía?*, la segunda *Potencia y Acto*; y la tercera, su obra más importante, la comparación entre la fenomenología y la escolástica en *Ser Finito y Ser Eterno. Ensayo de una ascensión al sentido del ser*³, obra que terminó poca antes de ingresar a la obra de las carmelitas descalzas, apareció por primera vez en 1950.

Edith se inscribe en 1910 en la Universidad de Breslau y conoce a Edmund Husserl, profesor de la Universidad de Gotinga. Así, nace un interés profundo y un gran entusiasmo por el autor, iniciador de la fenomenología.

Cuando comenzó la primera guerra mundial, en 1914, se sintió espiritualmente atraída por la idea de oponerse al odio con un servicio de amor. Se hizo voluntaria de la Cruz Roja en un hospital militar de enfermedades infecciosas, situado en una pequeña ciudad de Moravia. En 1916 es asistente en la Universidad de Friburgo de Husserl, donde se licenció con una tesis titulada El problema de la empatía. El año después consiguió el doctorado *summa cum laude* en la misma universidad.

Y es en el verano de 1921, durante uno de estas estancias cuando leyó el Libro de la vida de Santa Teresa de Ávila. Al cerrar el libro, con las primeras luces del alba, tuvo que confesarse a sí misma: ¡Esta es la Verdad! Se produce su conversión a la Iglesia Católica. Y recibe el bautismo en Bergzabern algunos meses después, el 1 de enero de 1922.

Se dedicó entonces a confrontar la corriente filosófica en la que se había formado, la fenomenología, con la filosofía cristiana de Santo Tomás de Aquino, en la que siguió profundizando. Resultado de esta investigación fue el estudio que dedicó a su viejo maestro Husserl en su 70º cumpleaños: *La fenomenología de Husserl y la filosofía de Santo Tomás* de 1929.

El 30 de abril de 1933, durante la adoración del Santísimo Sacramento sintió con claridad su vocación a la vida religiosa monástica del Carmelo, que había empezado a intuir el día del bautismo, y tomó interiormente su decisión de pertenecer a la comunidad, era el 15 de octubre de 1933: en 1934 toma los hábitos y se hizo novicia con el nombre de Sor Teresa Benita de la Cruz. Es el tiempo en que, el provincial de los carmelitas insistió para que se dedicara a completar su obra más importante obra "*Ser finito y Ser eterno*".

En 1941, por encargo de la Priora del monasterio de Echt, dio inicio a una nueva obra y la continuó mientras pudo, esta vez sobre la teología mística de San Juan de la Cruz: la tituló *Scientia Crucis*, (La ciencia de la cruz) obra quedó incompleta. Murió el 9 de agosto de 1942.

Fue beatificada por Juan Pablo II en Colonia, en el aniversario de su consagración definitiva, el 1 de mayo de 1987. Fue proclamada Santa por el mismo pontífice en la Plaza de San Pedro de Roma el 11 de octubre de 1998.

³ En castellano: Traducción de Alberto Pérez Monroy, Fondo de Cultura Económica, México, 1994.

Y con respecto a esta última obra, -dice Stein E. (2013: 13): “el encuentro de los dos mundos filosóficos exigía una discusión”.

El texto es un estudio que parte de considerar la esencia y el destino de la persona humana en la tercera obra de Edith Stein citada, en sus capítulos VII y VII. La naturaleza, el yo, la persona y la libertad (ser finito), y el espíritu, la gracia y la contemplación (ser eterno). La finalidad de la obra no es otra que el sentido y fundamento del ser en la relación con el ser Divino y que tiene por modelo a Cristo⁴.

Pero cabe agregar, que antes del tema de la persona, prima el tema de la “empatía”: la empatía como método de conocimiento para Edith Stein, se convierte también en acceso privilegiado para conocer la propia interioridad de sí mismo y del otro. La empatía, es una aprehensión de la persona “aquí y ahora”, que puede establecer vivencias de contacto del yo en el otro, que son expresadas y compartidas para descubrir aquellas intencionalidades centradas en valores y deseos que dan sentido a la existencia. Es la noción de *Gemüt* (genio-sentimiento-ánimo-entrañeza) en *Ser finito y ser eterno* que posibilita la comprensión del ser-persona del hombre.

Volviendo a su obra, es que, de la revisión de *Potencia y acto* surgió en 1936 *Ser finito y Ser eterno* en el que se propone una doble finalidad: “La búsqueda del sentido del ser y el esfuerzo de fusionar el pensamiento medieval con el vivo pensamiento contemporáneo”.

Sin embargo, tal misión o búsqueda ya la podemos encontrar en su primer paso, que fue traducir al alemán las *Quaestiones disputatae de veritate* de santo Tomás, o sea, ya se encuentra en Edith Stein la intención de fusionar la fenomenología de su maestro con el pensamiento de la escolástica⁵. La obra también representa como en san Agustín⁶, una autobiografía filosófica y espiritual como dice la autora del texto.

Toda la vida de Edith Stein ha sido, una búsqueda de la verdad. La pregunta por el hombre fue su primer presupuesto de sus estudios filosóficos, pregunta fundamental de toda antropología. Sus encuentros con E. Husserl y M. Scheler la acercaron poco a poco

⁴ Esta idea la encontramos también en el Nuevo Testamento, debido principalmente a la literatura Paulina, la imagen de Dios es Cristo (Col. 1, 15), tomando quizá como punto de partida a Cristo como el nuevo Adán (Rom. 5, 12-21). La imagen del hombre se realiza de forma acabada en Cristo, la perspectiva cristocéntrica del Nuevo Testamento, exhorta al hombre a ser “hijos de Dios en el Hijo”. El Hijo que asume una naturaleza humana, es el hombre por excelencia y en él se realizan todas las promesas del Antiguo Testamento.

⁵ cfr., Stein E. (2005) *Excursus sobre el idealismo trascendental*, traducción de Walter Redmond. Madrid: Encuentro Ediciones, p. 8

⁶ La vida de Edith Stein se asemeja en parte a la vida del Obispo de Hipona, en cuanto que ambos han padecido una conversión de tipo filosófico y espiritual

a la fe cristiana. Empero, sus amistades cristianas y la lectura de santa Teresa de Jesús, la volcaron definitivamente a su conversión a la Iglesia Católica⁷.

En sus escritos la fenomenología pasa a ser otro presupuesto fundamental, yendo “a las cosas mismas” centra su problema en la persona humana. La ontología del espíritu, es en Edith Stein: la búsqueda de la esencia humana que está unida indisolublemente a la dimensión espiritual.

El estudio de la estructura de la persona humana atraviesa toda su obra con la necesidad por desvelar la verdad del hombre; y será lo que va a mantener en tensión continua su vida y pensamiento.

La finalidad de Edith Stein será presentar no tanto la fenomenología y la escolástica, sino el idealismo de E. Husserl y el realismo de los escolásticos, fundamentalmente con santo Tomás⁸.

Con la lectura de santo Tomás el realismo se le mostrará como un a certeza, la naturaleza del conocimiento se da a partir del mundo de las cosas. Y también aprendió que la fe también es un camino hacia la verdad. El camino que sigue la santa no es otro que el que emprendieron los grandes pensadores del medioevo, como san Agustín o san Anselmo. De ahí que el error de la filosofía moderna, dice, ha sido dejar de lado el pensamiento medieval.

Ahora bien, ¿Cuáles son las ideas fundantes más relevantes de *Ser finito y Ser eterno*? ¿Cuál es el punto de partida de esta tentativa de elevación al sentido del ser?

Al igual que san Agustín, Descartes y Husserl, la autora se fija en el hecho del propio ser, es decir, en el propio yo. Se trata aquí, ante todo, no de un yo abstracto, sino de un yo “viviente”. En ese sentido, se plantea tres interrogantes: ¿Qué es el ser del que soy consciente? ¿Qué es el yo consciente de ese ser? ¿Cuál es el movimiento intelectual en el que me encuentro y en el que tomo conciencia de mí mismo y de él? Los análisis mediante los cuales intenta responder estas preguntas la llevan a descubrir que el propio ser de la persona es contingente y finito. Y sin embargo “es ser”. Por lo tanto, a inmediatez del propio ser finito remite, por tanto, constantemente a la idea del ser verdadero, del ser eterno e inmutable, que se convierte en norma del propio ser. (En esto implícitamente encontramos la vía de santo Tomás de la contingencia y el Ser Necesario)

⁷ Ob., cit., Stein E. *Excursus sobre el idealismo trascendental*, pp. 11-12.

⁸ Ídem, p.19

¿Cómo llega el hombre a reconocer en el ser que le sustenta el Ser eterno, es decir, a Dios? A partir de la pregunta llega a la conclusión que hay otra vía de conocimiento para llegar a Dios, y ese acceso lo constituye la fe, que se apoya en la experiencia de Dios que se revela personalmente, no es otro el sentido de la fe: la respuesta del hombre al Dios que se da a conocer. Y el otro acceso lo da el conocimiento filosófico, que es el conocimiento racional: el hombre puede conocer a Dios por medio de las cosas creadas, dice San Pablo (cfr. Rom. 1, 20) El camino que ha buscado Edith Stein, es el camino de la filosofía cristiana: la relación entre fe y razón. Y así como el hombre tiene un lenguaje propio para hablar de Dios, Dios le habla al hombre de “forma humana”.

En fase tardía, E. Stein ha preferido resumir (si bien lo refiere en sentido pedagógico y educativo) qué es la persona no tanto mediante las tres potencias, sino mediante los conceptos de conciencia y libertad. “La libertad y la conciencia constituyen la personalidad” ambos conforman lo netamente humano, nos dice en *La estructura de la persona humana*. Hemos entendido por “persona” el yo consciente y libre, compendia en *Ser finito y ser eterno*. Así, en todo el tratamiento del tema se entrelazan la antropología, la teología, la fenomenología y la experiencia mística.

La otra cuestión es la “individualidad” de la persona como propiedad intransferible y única, que radica en último término en lo más interior del alma (lo que en obras anteriores la autora llamaba el núcleo de la persona), como un código único e intransferible de identidad.

El alma individual, dada por Dios. Al final de la vida, conocerse a sí mismo equivaldrá a ser conocido por Dios que habita en el alma. Pero el ser divino, por la unión con el ser humano no sufre ningún aumento, ninguna disminución, ninguna clase de cambio. Sin duda esta unión transforma profundamente el alma, y por consiguiente al hombre entero. Se conserva, empero, en su ser propio, no se convierte en parte del ser divino y esto evita cualquier errónea interpretación de panteísmo.

La finalidad Edith Stein no es demostrar la existencia de Dios, (por el método fenomenológico) sino mostrar lo que se manifiesta al creyente en el encuentro con su poderosa realidad - como dice Otto R. (2008: capítulo 2) con “El totalmente otro” lo “Numinoso”.

La persona y su vida interior

La estructura de la persona tiene una triple constitución, según la antropología de Edith Stein: la del ser humano, la de la especie y la de su individualidad personal.

La pregunta que presidirá entonces sus investigaciones girará en torno a la esencia de la persona y el camino de su plena realización. El marco principal de su antropología se mantiene en toda su obra: la persona humana constituye una unidad de cuerpo, alma y espíritu. En *Ser finito y ser eterno* ella afirma claramente que en esta unidad tripartita se encuentra la imagen de Dios Uno y Trino: “Ahora trataremos de exponer, qué parte tiene cada una de las personas en la “divina obra de la unión”. Cauterio, mano y toque son sustancialmente una misma cosa; los nombres han sido impuestos con relación a los efectos. “El cauterio es el Espíritu Santo; la mano es el Padre, y el toque el Hijo”. Cada uno le trae un don especial; al Espíritu Santo, al cauterio suave, le debe la regalada llaga. El Hijo, por medio del toque delicado, le da a gustar la vida eterna. El Padre con mano blanda la transforma en Dios. Y, sin embargo, habla ella tan sólo con uno, “porque todos ellos obran en uno, y así todo lo atribuye a uno, y todo a todos” (Stein E; 1994: 233 y ss).

No hay en Edith Stein una idea del hombre antropológica a priori. El hombre es como un microcosmos que reúne en sí los diferentes estadios que se dan en el reino del ser: “*es cosa material, ser vivo, ser animado y persona espiritual*”. La unidad sustancial de cuerpo-alma es un hecho en Edith Stein, empero, como en la tradición aristotélica-tomista, hay una clara subordinación del cuerpo al espíritu, sin llegar a dualismo de tipo platónico o cartesiano.

Siguiendo los grados de vida de lo vegetativo y animal al hombre, el cuerpo humano comparte con los demás cuerpos la materialidad, pero se diferencia de ellos por su libre automovimiento, su sensibilidad y su vinculación a un sujeto concreto. Desde los sentidos externos hay una finalidad en orden de lo inferior a lo superior, esto es, de lo vegetativo a lo animal y éste a lo humano-espiritual. Por su cuerpo el hombre conoce su interior y lo exterior a él, desde una perspectiva realista. El hombre comparte con el animal su estructura psicofísica, pero, la persona humana está, dotada de un alma espiritual y del espíritu: el animal tiene la sensación del dolor, pero la persona lo percibe o si se quiere lo racionaliza.

Por lo tanto, lo que caracteriza a un sujeto como persona es precisamente su alma espiritual, creada directamente por Dios, el alma es imagen del Espíritu divino, con sus

propiedades, única, individual e inmortal e inmaterial. Su estructura personal indica la existencia de un yo consciente y libre en virtud del cual el hombre es “señor de su alma y puede abrir y cerrar sus puertas”.

Ahora bien, ¿Qué triple cometido tiene el alma? *Autoconfiguración de su propia esencia; información del cuerpo y elevación de ella hacia Dios.*

El alma es la forma bajo la cual se hace presente el espíritu en el cuerpo. En cuanto sustancia espiritual, es una forma subsistente, pero por su orientación hacia el cuerpo, una sustancia que necesita ser complementada, que sólo es perfeccionada por el cuerpo. Según esto, son coprincipios indisolubles, más allá de la subordinación existente, a la que se hizo referencia: *“La interioridad más profunda del alma es lo ‘más espiritual en ella’.*

Según Edith Stein, la comprensión tiene lugar en esta profundidad y puesto que toda la fuerza espiritual vive en esta profundidad, penetra la comprensión en todo lo que se relaciona con ella... Se trata de un pensar en que se encuentra comprometido “el hombre entero”.

“En el interior es donde la esencia del alma irrumpe hacia adentro”. De esta interioridad más profunda “resulta también la irradiación de la propia esencia, el involuntario salir espiritual de sí misma. El alma, nos dirá Stein, tiene una superficie y una profundidad, una periferia y un centro. No son conceptos equivalentes: uno puede estar en el centro de una cuestión y, sin embargo, conocerla superficialmente. Pero, sobre todo, el alma tiene un centro. En este conocerse el alma debe llegar hasta sí misma en dos sentidos: conocerse ella misma y llegar a ser lo que ella debe ser. Su libertad participa en ambas operaciones. Es a partir de esta idea que Edith Stein hace referencia a como es propiamente ese conocer: la persona no puede llegar por sí misma hasta su centro si no experimenta una llamada desde dentro. Es Dios el que la llama a entrar dentro de sí. *El verdadero conocimiento, por tanto, es siempre obra de la gracia: la gracia no destruye la naturaleza, sino que la perfecciona, dice san Agustín.*

Importante es destacar que otra manera de conocerse el alma en su profundidad es la vida moral en su conciencia moral. La conciencia no sólo acusa la bondad o maldad de los actos, sino que tiene la función de indicar a la persona el camino hacia su verdadera identidad, manera de participar de la vida divina. En este sentido, si hay una elevación hacia Dios, la ley natural debe elevarse hacia la ley divina.

Pero hay otro camino en ese conocer que es inverso Para Edith este conocimiento de sí mismo, sea a través de un movimiento consciente hacia su interior: ser conocido por Dios le revela al hombre quién es. Con ello pone el imperativo esencial del hombre, llegar

a ser él mismo, bajo un nuevo signo: si autoconocimiento significa ser conocido por Dios, la plena realización humana se consigue dejándose guiar por Él. Por lo tanto, encontrarse con Dios supone que Él toma la iniciativa previa siempre: es lo que llamamos *revelación*. Sin embargo, si no se purifica de todas las interferencias que impiden su relación totalmente libre con Él, sin la adhesión a Cristo hasta las últimas consecuencias, no es capaz de dejarse guiar por Dios: “Como obstáculo fundamental se cruzan en el camino las cuatro pasiones del alma: gozo, esperanza, dolor y temor. “Las cuáles pasiones poniéndolas en obra de razón en ordena Dios, de manera que el alma no se goce sino de lo que es puramente honra y gloria de Dios nuestro Señor, ni tenga esperanza de otra cosa ni se duela sino de lo que a eso tocara, ni tema sino a Dios solo, está claro que enderezan la fortaleza del alma y su habilidad para Dios. Porque cuanto más se gozara en otra el alma, tanto menos fuertemente se empleará su gozo en Dios” (Stein E. (1994: p. 107). A lo que sigue Edith Stein: “Si no son frenadas, crían en el alma las pasiones toda clase de imperfecciones; más si, por el contrario, están ordenadas y subyugadas, son fuente de todas las virtudes. Las cuatro están tan unidas, que, si se somete una, quedarán sometidas también las otras. Cuando la voluntad se goza de algo, tiene en sí el germen de la esperanza, del dolor y del temor, con relación al mismo objeto. Una pasión arrastra consigo a las demás, lleva cautiva a la voluntad y al alma toda y no la deja volar “a la libertad y descanso de la dulce contemplación” (1994: p. 108).

Finalmente llegamos al tercer constitutivo de la persona humana. El tercer constitutivo que hace posible esta unidad llamada persona humana es *el espíritu*. “*Ser persona quiere decir ser libre y espiritual. Que el hombre es persona: esto es lo que lo distingue de todos los seres de la naturaleza*”. (Es la concepción de Boecio en cuanto a la naturaleza específica del hombre) Es decir, dentro del orden de la naturaleza sólo el hombre está dotado de razón, inteligencia, voluntad y libertad. La vida espiritual es a la vez conocimiento de sí mismo y de cosas distintas a mí, un mundo fuera de mi ser. “*El saber de sí mismo es apertura hacia adentro, el saber de otras cosas es apertura hacia fuera*”. La apertura hacia afuera es la oposición hacia el idealismo trascendental, dice Edith Stein: “Es claro que el idealismo trascendental no afirma (como afirma el solipsismo) que el mundo de las cosas dependa de un sujeto individual concreto, sólo que tal mundo es relativo a los individuos de cierta estructura por cuya vida intencional puede constituirse el mundo. Tampoco puedo poner con certeza indudable al otro sujeto como existente; pero *en caso de que* exista, no le hace falta otro sujeto para probar su existencia. Una cosa material, o cualquier otra cosa, que es sin ser consciente de sí misma, no puede

comprobar su existencia por sí misma, sino que necesita algo más, un sujeto espiritual, para este fin (quizás una pluralidad de sujetos en comunicación).

¿Significa esta imposibilidad de identificarse la imposibilidad de existir? Sin duda es absurdo hablar de un ser que no puede ser experimentado en principio. Pero es absurdo, no porque “ser” no implique sino ser experimentado o al menos poder ser experimentado, sino porque lo que no es espiritual no puede ser a partir de sí mismo (como hemos mostrado ya), sino que sólo puede ser como creado. Lo personal-espiritual, sin embargo, por ser, es consciente de sí mismo y, por crear lo que es distinto de sí mismo, sabe de aquello de lo que es distinto.

Por lo tanto, es correcto sin duda decir que el mundo como nos aparece depende de sujetos de nuestro tipo para identificarse en tales secuencias de apariencias. Pero no es absurdo decir que el ser del mundo no es lo mismo que tal aparecer, ni que es concebible otra manera de conocer el mundo y la existencia del mundo material ante Dios antes de que hubiese criaturas vivientes bajo cuyos sentidos el mundo pudiese caer. Y ser creado significa ser puesto fuera de Dios y tener un ser distinto del ser en la mente divina [...] Para patentizar que la teoría de la constitución de la cosa es compatible con un ser de las cosas independiente de las ensambladuras de actos que las constituyen, nos hace falta otra ilustración de lo que el “caer bajo los sentidos” implica. Todos los actos constituyentes tienen como fundamento un material sensible que hace que aparezcan ante nosotros, según la índole de cada uno, complejos de cosas, presentes o hechos-presentes, claros o vagos, más o menos completamente intuitos”.

Algo se presenta de repente y por sorpresa ante mis ojos; lo veo «sin tener yo nada que ver». Pero antes de reconocer lo que era, desapareció sin que yo pudiese retenerlo. En otra ocasión se queda cerca, y puedo examinarlo con tranquilidad. Es una flor que el viento se llevó y cayó al suelo a mi lado. La entrada de algo en mi campo visual hace que levante los ojos «involuntariamente» y lo siga con la vista, tal vez lo persiga o lo acerque para ver lo que es.

Y en el conocer del otro se da la convivencia con el otro, “*El yo capaz de conocer, el yo ‘inteligente’, experimenta las motivaciones que proceden del mundo de objetos, las aprehende y les da seguimiento en uso de su libre voluntad*”. Entendimiento y voluntad, conocer y querer se relacionan mutuamente.

Y *libertad* significa que el mundo de las cosas se me presenta a mi yo, para que pueda ir hacia esas cosas, es un “invitación”. En su *Excursus*, dice: la frase “hace que yo levante los ojos”, también puede denotar la motivación de un actuar libre y consciente”.

(Stein E. 2013: p. 12). Pero, además implica que quiera o no hacer uso de ella, es el *libre albedrío*. De la libertad se sigue su consecuencia inmediata, la responsabilidad: “*Del poder se deriva la posibilidad del deber. El libre yo que se puede decidir a hacer u omitir algo, o a hacer esto o aquello, se siente llamado en su interior a hacer esto y a omitir esto otro. Dado que puede percibir exigencias y darles seguimiento, está en condiciones de ponerse fines y hacerlos realidad con sus actos. Poder y deber, querer y actuar están muy estrechamente relacionados entre sí*”.

Ahora bien, alma y espíritu se diferencian entre sí, aunque no están separados. “El alma es lo oculto e informe”, pero en cuanto forma del cuerpo, ella ocupa el lugar intermedio entre espíritu y materia, propio de las formas de las cosas materiales. “*El espíritu es lo libre que fluye de dentro, la vida que se manifiesta*”, y como tal le descubre al hombre el mundo exterior, hace posible su acceso a otros espíritus y está al servicio de su desarrollo personal; más aún, le permite abrirse al espíritu absoluto, Dios mismo, y entrar en plena comunión con Él. Esta responsabilidad radica en último término en que el hombre, un ser finito, creado a imagen de Dios, es llamado a reflejar en su unicidad e individualidad un rayo de la esencia divina. Y Dios es plenitud del ser. Ya que la existencia humana es don, el sí o no del hombre a su propia naturaleza y vocación se convierte así en un sí o no frente al Creador, en un abrirse o cerrarse frente al ser: “El alma tiene el derecho de disponer y decidir de sí misma. La misteriosa grandeza de la libertad personal estriba en que Dios mismo se detiene ante ella, la respeta. Dios no quiere ejercer su dominio sobre los espíritus creados sino como una concesión que éstos le hacen por amor. El conoce los pensamientos del corazón, penetra con su mirada los más profundos senos y reconditeces del alma, adonde ella misma no podía llegar, de no ser iluminada con luz especial a propósito. Pero no quiere apoderarse de lo que es propiedad del alma, sin que ella misma consienta en ello. No dejará deponer, sin embargo, todo en juego, a fin de conseguir que el alma entregue libremente la propia voluntad a la voluntad divina como una donación que ella le hace en su amor, y poder de esta suerte conducirla hacia la unión bienaventurada”⁹.

Si se produce el cambio del punto de vista de la persona, si ya no se mira a sí misma, sino que dirige la mirada simple y amorosa del espíritu al Dios escondido que está ocultamente presente, alcanzará su plenitud. Sin embargo, para Edith Stein, lo sepa o no la persona, lo quiera o no, la plena madurez humana culmina en la unión del hombre con

⁹ Ob. cit., Edith Stein. *La ciencia de la cruz*, p. 191.

Dios. Esto sólo se comprende profundamente a la luz de la fe, es decir, a la luz del misterio según el cual el hombre lleva en sí la imagen de la Trinidad.

“Para que esto acontezca, es necesario que a las potencias naturales se les ofrezca algo que les atraiga y satisfaga más que cuanto naturalmente pueden conocer y gustar. La fe muestra al entendimiento el Creador, cuya omnipotencia ha dado el ser a todas las cosas y es en sí mismo más grande, más elevado y más digno de amor que todas ellas. La ilustra sobre los atributos divinos y sobre todo lo que Dios ha hecho por el hombre y sobre lo que éste debe a Dios. ¿Qué es lo que tratamos de expresar con este conjunto de verdades de fe? Evidentemente lo que se nos propone para creer, el contenido de todas las verdades reveladas, predicadas por la Iglesia: fieles *que creditur*. Cuando el entendimiento acepta lo que se le propone, pero no puede conocer por su propia visión, da el primer paso hacia la Noche Oscura de la fe. Pero ésta no es todavía más que la fe que se cree, una actividad viva del espíritu, y el hábito a ella correspondiente o virtud de la fe; el convencimiento de que Dios existe (*creciere Deum*) y la aceptación convencida de lo que Dios enseña por medio de su Iglesia (*credere Deo*). Con esta vida de la fe se levanta el espíritu sobre su actividad natural sin desprenderse en manera alguna de la misma. Más bien, las potencias del alma reciben en el nuevo mundo que la fe les presenta una nueva cantidad de material sobre el que obrar. Esta actividad por la que el espíritu hace suyo íntimamente el contenido de la fe, es la meditación” (Stein E.; 1994: pp. 136-137).

Conclusión

Es cierto que Edith Stein busca la fusión entre la escolástica (Tomás de Aquino) y la filosofía moderna, (E. Husserl) valiéndose de la fenomenología. Pero no es menos cierto que en realidad buscaba, la objetividad, la verdad, pues existe, dijo: “a pesar del tiempo y de las barreras constituidas por las naciones y las escuelas, algo que es común a todos los que buscan lealmente la verdad” (Stein E; 2013: p.14).

Sin duda alguna, como dice la autora del texto, *Ser finito y Ser eterno* es la obra que refleja su intelectualidad y espiritualidad.

En toda su obra ideas como, naturaleza y espíritu; la unidad corpórea-anímica-espiritual; la persona y lo íntimo del alma, fueron el punto central de su reflexión que tuvo como finalidad la estrecha relación entre el ser del hombre y el Ser Absoluto. Siendo el tema de la libertad del hombre el elemento que puede encontrar la unidad de las demás cuestiones para salir de sí y para mirar hacia otro horizonte distinto de Husserl y Heidegger:

“El yo tiene cierta libertad para determinar su vida presente y futura, pero esta libertad se erige sobre un fundamento de la no-libertad. Se halla a sí mismo “puesto en la existencia”, no existiendo por sí mismo, y se halla atado en su actividad de dos maneras: por lo que le está dado de antemano y por las leyes que regulan su propia actividad. Con esta estructura entera el yo apunta a algo que es absoluto en un sentido distinto del que él mismo es absoluto; apunta a un principio en el sentido de lo que es original e incondicionado. Así el yo se trasciende a sí mismo en un rumbo hacia algo en que el yo mismo tenga el fundamento de su ser, por ende, hacia una trascendencia opuesta a la del idealismo trascendental.

Bibliografía consultada

- Scheler Max (2008) *La idea del hombre y de la historia*. Buenos Aires: Leviatán
- José Luis Caballero Bono. (2010) *Ejes transversales del pensamiento de Edith Stein*, Teología y Vida, Vol. LI. Obtenido de: <<http://www.INSTITUTO DE FILOSOFÍA EDITH STEIN GRANADA, ESPAÑA>
- Otto, Rudolf. (2008) *Lo sagrado*. Buenos Aires Ediciones Claridad.
- Stein, Edith. (2013) *Ser finito y ser eterno: ensayo de una ascensión al sentido del ser* (4ª ed.). México: FCE.
- (2005) *Excursus sobre el idealismo trascendental*. Traducción de Walter Redmond Madrid: Encuentro Ediciones.
- (1998) *La estructura de la persona humana*. Madrid: BAC.
- (1994) *La ciencia de la cruz* (2º ed.). Colección "Amigos de orar Edith Stein", Burgos: Editorial Monte
- Nicol (1977) *La idea del hombre*, México: FCE,

Guillermo H. Witemburg

